

## El signo de la exclamación

La víspera de la pascua de Navidad, por la noche, Efim Fomich Perekladin, funcionario de Estado, se acostó muy ofendido y hasta muy dolorido.

—¡Déjame demonio!—gritó furioso a su mujer cuando ésta le preguntó por qué estaba tan triste.

Era que había vuelto de una reunión casera donde se habían dicho muchas cosas desagradables y ofensivas para él. Al principio los concurrentes hablaron de la utilidad de la instrucción en general. Luégo pasaron, sin darse cuenta, al censo de la instrucción de los funcionarios. Se lamentaron empleando hasta burlas en el comentario, de la cultura de los funcionarios de segunda fila. Después pasaron, como es costumbre en todas las reuniones rusas, de las cuestiones comunes a las personales.

—Tomémosle a usted como ejemplo, Efim Fomich—dijo un jovencito dirigiéndose a Perekladin—. Usted ocupa un puesto bastante importante.... Pero.... ¿que cultura tiene usted?

—Ninguna. ¡Pero si no se nos exige tampoco!—respondió suavemente ¡Perekladin—. Escribir con ortografía y esto es todo....

—¿Y dónde ha aprendido usted a escribir con ortografía?

—Me he acostumbrado ... En cuarenta años de servicio me parece que se puede aprender.... Claro está que al principio me era un poco difícil y tenía faltas; pero luégo me acostumbré.... y ¡nada!...

—¿Y la puntuación?

—También la puntuación va bien.... La pongo donde se debe.

—¡Hum!—Exclamó algo avergonzado el joven—. Pero la costumbre es completamente distinta de la cultura.

¡Colocada en su sitio no tiene gran importancia!... ¡Es poco! Hace falta colocarla sabiendo el por qué. ¡Usted pone una coma y debe usted saber para qué la pone... ¡Eso es! porque su ortografía inconsciente y refleja no vale nada. Eso es un trabajo maquinal y nada más.

Perekladin calló y hasta se sonrió dulcemente (el joven era hijo de un consejero de décima categoría); pero ahora, al acostarse recordó toda la conversación y se puso indignadísimo.

«¡He prestado cuarenta años de servicios—pensó—, y nadie me ha llamado tonto, y ahora ese mequetrefe se las quiere dar de crítico!» «¡Inconsciente!.. ¡Lefleja! ¡Trabajo maquinal...!» ¡Ah, el demonio te lleve! ¡Puede que yo lo sepa y lo comprenda todo mejor que tú, aunque hayas pasado por las universidades!»

Después de haber dirigido mentalmente al crítico todas las injurias posibles, y después de haber entrado en calor debajo de la manta, Perekladin comenzó a tranquilizarse.

«Yo sé... comprendo—pensaba, quedándose dormido—. No pondré dos puntos donde hay que poner una coma. Así es que lo sé y lo comprendo, ¡sí, jovencito!... Antes hay que vivir, prestar servicio, y luego jugar a los veteranos...»

Por los ojos cerrados de Perekladin, que se iba quedando dormido, y a través de un montón de nubes oscuras y sonrientes, pasó volando, como un meteoro, una coma ígnea. Tras ella cruzó otra, y una tercera; y pronto todo el fondo ilimitado y oscuro que se tendía ante su imaginación se cubrió de nutridos grupos de comas que volaban...

«Tomemos por ejemplo, estas comas... —pensaba Perekladin, sintiendo cual dulcemente descansaba su cuerpo en el sueño que lo invadía—. Yo las comprendo perfectamente... Puedo encontrar sitio para cada una, si quiere... Y... lo haré concienzudamente y no porque sí...»

Examíneme y verás... Las comas se ponen en distintos sitios, donde hacen falta y donde no la hacen. Cuanto más enrevesado sale lo escrito, tanto más se necesitan las comas. Se colocan delante de «el cual» y «el que». Si hace falta enumerar en el papel a los funcionarios, a cada uno hay que separarlo con una coma... ¡Lo sé!»

Las comas doradas dieron media vuelta y se alejaron. En su lugar llegaron volando los puntos, encendidos como ellas.

«Y el punto se pone al final de la escritura, o donde hay que tomar un poco de aliento o lanzar una mirada al auditorio. Después de todos los párrafos largos es preciso poner un punto para que al secretario no se le llene de saliva la boca cuando lea el papel. No se utiliza el punto para nada más».

Volvieron las comas y se entremezclaron con los puntos, empezaron a dar vueltas, y Perekladin vió un tropel de puntos y comas y de dos puntos...

«También sé dónde ponerlos a esos... —pensaba— donde es poco una coma y mucho un punto, pues allí hay que poner punto y coma. Delante de «pero» y de «por consiguiente» pongo yo siempre punto y coma... Bien, ¿y los dos puntos? Los dos puntos se colocan después de las palabras «han determinado», «han decidido»...

Los puntos, las comas y los dos puntos se apagaron. Les llegó el turno a las interrogaciones. Estas salieron saltando de las nubes y comenzaron a bailar...

«¡Valiente cosa es la interrogación! Que vengan aunque sea por miles, a todas las encuentro sitio. Se las usa siempre que hay que hacer un interrogatorio o cuando se necesita pedir un informe: «¿Dónde ha sido trasladado el resto de la cantidad de tal año?» o «¿No encontraría la Dirección de Policía la posibilidad de hallar a Fulana etc?...»

Las interrogaciones asintieron, moviendo sus ganchi-

tos; y en el acto, como si lo hubiesen ordenado militarmente, se irguieron, transformándose en exclamaciones.

«¡Hum!»... Esta puntuación se pone a menudo en las cartas: «¡Muy señor mío!»; o «¡A su Excelencia, padre y bienhechor!...» (1) ¿Y cuándo se ponen en los papeles públicos?»

Las exclamaciones se irguieron aún más y permanecieron a la expectativa.

«En los papeles públicos se colocan cuando ... eso.... eso.... ¿cómo se llama?... ¡Hum!... Es verdad, ¿cuándo se las emplea en los papeles públicos?... Aguarda, aguarda.... Dios me dé memoria.... ¡Hum!...»

Perekladin abrió los ojos y se volvió del otro lado. Pero apenas había tenido tiempo de cerrarlos de nuevo, cuando en el fondo oscuro aparecieron otra vez las exclamaciones.

«¡El diablo las lleve!... ¿Cuándo es preciso ponerlas? —pensó, procurando desechar de su imaginación tan intrusos huéspedes—. ¿Es posible que lo haya olvidado? O se me ha olvidado, o nunca las he usado....»

Perekladin comenzó a recordar el contenido de todos los papeles que había escrito en sus cuarenta años de servicios; pero a pesar de todos sus esfuerzos no encontró ni una sola exclamación.

«¡Qué desgracia! ¡Cuarenta años escribiendo, y no he puesto ni una sola exclamación!... ¡Hum!... Pero ¿cuándo y en dónde se colocan estos demonios largos?»

Por detrás de las filas de las exclamaciones ígneas apareció la cara del jovencito crítico sonriendo sarcásticamente. Las propias exclamaciones también se sonrieron y se confundieron en una gran exclamación.

Perekladin sacudió la cabeza y abrió los ojos. «¡Demonio!... —pensó—. Mañana hay que levantarse temprana-

(1) En el estilo epistolar ruso se acostumbra colocar el signo de la exclamación después del encabezamiento de las cartas.

no para ir a la iglesia, y no me dejan en paz estas exclamaciones endiabladas... ¡Puf!... ¿Pero cuándo se las coloca? ¡He aquí lo que resulta de la costumbre! ¡En cuarenta años no he puesto ni una sola exclamación! ¿Eh?»

Perekladin se santiguó y cerró los ojos, pero inmediatamente los abrió; en el fondo oscuro permanecía impertérrita la exclamación grande.

«¡Puf!... ¡No me dejará dormir en toda la noche!» —¡Marfuchal (1)—gritó, llamando a su mujer, que con frecuencia se envanecía de haber cursado el bachillerato—. ¿No sabes tú, almita, cuándo se ponen las exclamaciones en los papeles públicos?

—¡Cómo no voy a saberlo! Para algo he estudiado siete años en el Instituto. Me sé de memoria la gramática. Esta puntuación se pone en las invocaciones, en las frases exclamatorias y en las de emoción, alegría, indignación, ira y otros sentimientos.

—¡Muy bien!—pensó Perekladin—. ¡Emoción, alegría, indignación, ira y otros sentimientos....

El secretario se ensimismó... Durante cuarenta años escribió papeles a miles, a decenas de miles, pero no recordaba ni una sola línea que expresase emoción, ira o cualquiera otra cosa por el estilo....

«Y otros sentimientos... —pensaba—. ¿Pero acaso hacen falta sentimientos en los papeles? Estos papeles los puede escribir quien no tiene sentimientos....»

La cara del jovencito crítico asomóse otra vez por detrás de la puntuación ígnea y se sonrió malignamente. Perekladin se incorporó y se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y se le cubrió la frente de un sudor frío... En el rincón centellaba cariñosamente la lamparilla, los muebles tenían aspecto de fiesta, de todo emanaba un calor íntimo, y se adivinaba en todo una mano de mujer; pero el pobre funcionario tenía frío, se sentía muy mal, como

(1) Diminutivo de Marta.

si estuviese enfermo de tífus. La exclamación grande no sólo permanecía en sus ojos cerrados, sino que estaba allí delante de él, en la habitación, junto al tocador de la mujer, y le guiñaba burlescamente un ojo....

—¡Máquina de escribir! ¡Máquina! murmuraba la visión, envolviendo al funcionario en un frío seco—. ¡Leño insensible!

El funcionario se tapó con la manta, pero también debajo de ella le perseguía la visión; apretó el rostro contra el hombro de su mujer, pero a través del hombro surgía asimismo la aparición... Toda la noche la pasó el infeliz Perekladin horriblemente mal; ni siquiera por el día le dejó la visión. La contemplaba por todas partes: en las botas que se calzaba, en el platillo de la taza del té....

«¡Y otros sentimientos!... —pensaba—. Es verdad que no había ningún sentimiento. Ahora mismo iré a la autoridad a firmar... ¿Pero esto se hace acaso con sentimiento? ¡Nadal Una máquina de felicitación!...»

Cuando Perekladin salió a la calle y llamó a un coche, le pareció que en lugar del coche se le acercaba una exclamación.

Al llegar a la antesala del Jefe, en lugar del portero vió el mismo signo de puntuación. Y todo esto le hablaba de emoción, de ira y de indignación.... El mango y la pluma le parecieron también signos de exclamación. Perekladin la cogió, la mojó en la tinta y firmó:

«!!!El secretario Efim Perekladin!!!»

Y poniendo estas tres exclamaciones, se emocionaba, se indignaba, se alegraba, y se irritaba.

—¡Toma! ¡Toma!—murmuraba, apretando la pluma.

El signo ígneo pareció quedar satisfecho, y desapareció

ANTON CHEJOV